

ASEDIOS A LA ESTÉTICA GÓTICA EN “ENTRE LOS ÁNGELES”, DE JOSÉ E. SANTOS

El cuento “Entre los ángeles” utiliza una estética poco trabajada en la cuentística puertorriqueña. Pertenece, precisamente, a la colección *Deleites y miserias* (2006), de José E. Santos (1963). Se trata de una narración en la cual se mezclan el sexo y las drogas para producir una realidad que no se puede considerar literatura fantástica o literatura maravillosa. La realidad surge a partir de los alucinógenos y se desliga de lo nacional. El excelente travestismo lingüístico que Santos ejecuta en esta narración es encomiable. La narradora, Mary, se instala en la soledad del cementerio después de una “sobredosis” de alcohol para extasiarse en la paz del arte que ese lugar posee. Los ángeles hermosos que la rodean parecen cobrar vida y observarla. Ese acontecimiento resulta revelador de una duda que atraviesa todo el cuento. La vida que asumen las estatuas, sobre todo la mirada, depende de la percepción de los personajes:

Raven y Ernest se asustaron mucho una noche mirando al ángel de las alas desplegadas que queda junto a la verja del lado norte. Yo no le temo. Aquella noche recuerdo que lo abracé, muy fuerte, hasta que sentí el tiento de su tacto. Es un ángel tan real que su imagen nos persigue horas y horas después de marcharnos. Sus ojos siguen los nuestros y muchas veces parece querer hablarnos. A mí me ha hablado con su roce y su poder, muchas veces, muchas noches, allí en su intacto lugar o en el espacio de mis sueños.¹

La estética de lo sublime que anima este cuento está en línea directa del romanticismo y del decadentismo. A Santos parece venirle vía Horacio Quiroga, Jorge Luis Borges y Julio Cortázar, como se nota en una entrevista con Richard Gordon en la cual afirma lo siguiente: “Es José Luis González el que me inicia a la exploración, y me refiero a la lectura, de la narrativa corta y sus variantes. Por él llegué a Quiroga y a Cortázar ... Poco tiempo después Cervantes y Borges le dieron forma, por así decirlo, a mi formación sustantiva”.² No obstante, es bien conocida la influencia de Edgar Allan Poe sobre Quiroga, Borges y Cortázar, y la tendencia de Poe hacia lo sublime como lo planteaba filosóficamente Edmund Burke en *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello* (1757), texto que recoge en esencia la estética gótica que anima gran parte de la literatura romántica. La predilección por los cementerios en el cuento de Santos instala la narración inicial del libro en el encuentro con

¹ José E. Santos, *Deleites y miserias*, San Juan, 2006; pp. 5-6.

² José E. Santos, en Richard Gordon, “Las fauces, el consumo y el vacío. Entrevista a José E. Santos”, *Cuaderno Internacional de Estudios Humanísticos y Literatura*, 8 (2007); pp. 118-119.

lo terrible, con el asombro, la admiración, la reverencia y el respeto, características que, según Burke, son el origen de lo sublime: “En efecto, el terror es en cualquier caso, de un modo más abierto o latente, el principio predominante de lo sublime”.³ Esa sensación de lo terrible es más evidente en los lugares solitarios, apartados, aislados, oscuros y detriticos. Todos están relacionados con la idea de privación: la vacuidad, la oscuridad, la soledad y el silencio.

Sin embargo, aquí, más que el contacto con lo terrible, se transmuta la sensación en un encuentro con lo paradisíaco a partir de la intromisión de los alucinógenos. Hay afinidad en el autor por los clubes de música rock gótica,⁴ lo cual podría ser origen de esta experimentación con la estética de lo sublime, aunque también su gusto por lo sórdido le venga de la narrativa de Quiroga: “También su gusto [el de Quiroga] por lo tenebroso o inaudito me ha servido para sentirme cómodo a la hora de querer ser sórdido, o al querer que mi narrador adopte cierta crueldad para con el lector y lo engañe de vez en cuando”.⁵

La visión inicial de lo terrible en la percepción de los amigos de la narradora en “Entre los ángeles” contrasta con el gusto de ella por el espacio del cementerio. Su éxtasis se deriva de cierta morbosidad que encuentra belleza donde debería existir lo sublime burkeano. No obstante, esa visión inicial da paso a una elevación del alma en el contacto con lo terrible, que se le muestra en la aparición de George:

Fue entonces que lo vi. Sentada en el perímetro vi cómo un hombre se acercaba lentamente desde la zona donde se encuentra el mausoleo enorme que tiene las extrañas lozas de mayólica.

Temí. Nunca se nos había aparecido nadie, y sabíamos que no había tal cosa como un guardia nocturno. No pasó por mi mente que fuera el espíritu de un muerto o alguna estatua que cobrase vida, aunque hoy lo recuerde y lo rememore en ocasiones de esta forma inútilmente romántica.⁶

Nótese la consciencia de la narradora en relación con la estética gótica romántica. El miedo y el susto de la aparición se intensifican con la súbita irrupción y maullido de un gato, característico del *hypsos* o elevación del alma en relación con lo terrible: “Un gato que ocupaba el espacio que me urgía se movió veloz y maulló. Me asusté más”.⁷

No obstante, lo desconocido que ha causado lo sublime en la narradora, da paso a una metamorfosis del espacio de lo terrible en espacio de la sensualidad y de la hermosura, como se le aparecía inicialmente el cementerio:

³ Edmund Burke, *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, traducción de Menene Gras Balaguer, Madrid, Editorial Tecnos, 2001; p. 43.

⁴ Santos, en Richard Gordon, *op. cit.*; p. 121.

⁵ *Ibid.*; p. 119.

⁶ Santos, *Deleites*, *op. cit.*; pp. 6-7.

⁷ *Ibid.*; p. 7.

Hoy estoy sentada en el conjunto central de lápidas que forman un simétrico y perfecto redondel. Las cortas columnas jónicas centrales rodean un hermoso obelisco mientras que el perímetro exterior de mármol intensamente blanco sirve a su vez de base o apoyo a cinco estatuas de ángeles que parecen hablarse en el silencio nocturno. Brilla esta luna intensa y no me pierdo detalle. A lo lejos sólo el río transita y musita.⁸

La transmutación del espacio de lo siniestro en espacio de lo agradable va acompañada de la recuperación del pasado en los recuerdos y de la cópula sobre las tumbas. Se resalta la diferencia de la "comparsa oscura", del grupo de amigos "gótico", y los "normales". Esa afirmación de la otredad y de la diferencia capta la atención y sirve como punto de partida para la intensidad del acto erótico como forma de subversión. La profanación resalta la pugna entre Eros y Tánatos, entre lo legal y lo ilegal. La asimilación de George con un ángel continúa desarrollando la línea inicial del temor hacia el ángel de las alas desplegadas con apariencia de ser vivo. A partir del uso de las drogas, comienza a metamorfosearse el hombre en ángel y los ángeles en seres vivos. El beso impregnado de "ácido" (droga) inicia tal metamorfosis, y la voz narrativa asume una intensa descripción de los detalles físicos y anímicos en la cual Santos celebra la feminidad con gran expresión:

Me gustaba su espalda. Lo acerqué a mí con las piernas. Las cerré alrededor de sus nalgas. Besaba muy bien. Él era más cauteloso, y ya me imaginaba el porqué. No deseaba dañarme el atuendo con sus movimientos.⁹

El "viaje" de la droga altera los sentidos de las estatuas: "Miré en derredor y fue entonces que me fijé en que el ángel más cercano nos sonreía".¹⁰ No se trata de una visión particular de ella, sino que ambos comparten la misma sensación, que se transforma en expectación y voyerismo:

Observé el otro ángel y ciertamente parecía como si hubiera alzado la cabeza para fijarse mejor. Me sentí como si nos estuviéramos besando en público y eso me sobresaltó. Entonces yo misma me quité las bragas. Él se dio cuenta.

—¿Aquí? ¿Lo quieres hacer aquí?

—Sobre las tumbas. Un rato sobre cada una de ellas para que los ángeles nos vean.¹¹

Esta actitud de incitar a los ángeles capta la atención de las estatuas, que asumen el voyerismo sin inhibición alguna: "De frente veía bien cómo los ángeles se movían para poder vernos mejor. El más cercano abría y cerraba la boca, como sorprendido".¹² El imposible viaje simultáneo mediante los

⁸ *Ibid.*; p. 6.

⁹ *Ibid.*; p. 12.

¹⁰ *Ibid.*; p. 13.

¹¹ *Ibid.*; p. 13.

¹² *Ibid.*; p. 14.

alucinógenos, el cual anhelan emprender las mentes de los amantes, se logra en ese momento del orgasmo sobre las tumbas, y se intensifica en el deseo de una orgía con los ángeles: “¡Coño, Mary, me encantaría que los ángeles te lo pudieran hacer y ver cómo se agitan sus alas al momento de venirse!”¹³ Después de esa sicalipsis que promueve el orgasmo desenfrenado e incontrolado, la serenidad y la calma promueven un amor que se fundamenta en lo fortuito del placer: “Tú eres el bello George, mi ángel que viene del oeste a recordarme lo inmenso que es el mundo y lo preciso que es el placer”.¹⁴ Ese momento de calma da paso a otro arrebató de lujuria que culmina en el movimiento de las alas de los ángeles, momento que hubiese sido idóneo para que terminara el cuento: “Me besó. Lo besé. Me besó. Lo besé. Nos besamos sin final aparente. El gato se movía en derredor nuestro. Pude ver cómo lentamente los ángeles agitaban sus alas”.¹⁵ No obstante, Santos prefiere continuar hasta proponer la superioridad de los seres humanos inmersos en la fantasía que causa la droga, y la imposibilidad de que los ángeles puedan acceder al amor que les está vedado, casi como la distancia que se establece entre los serafines que tenían envidia del amor del yo lírico de Edgar Allan Poe y su amada en el famoso poema “Anabel Lee”: “The angels, not half so happy in heaven, / went envying her and me” (Los ángeles que no eran tan felices en el cielo / nos tenían envidia).¹⁶ El final del cuento de Santos insiste en esa distancia entre los ángeles y el privilegio de los amantes drogados: “Siento cómo agitan sus alas, y lamento que no puedan volar como sólo tú y yo lo podemos hacer”.¹⁷

Con este cuento, José E. Santos adelanta una forma estética poco trabajada en la narrativa de los últimos decenios en Puerto Rico. No se trata del gótico grotesco y detritico como lo trabaja Edgardo Rodríguez Juliá en *La oscura noche del niño Avilés* (1984), ni de la vertiente surrealista y existencialista de los cuentos de Olga Elena Resumil en *Gritos de adentro* (1975). Implica una aportación a la narrativa más reciente, que fluctúa entre las formas tradicionales de contar, las maneras de lo lúdico al estilo de Borges y Cortázar, y las nuevas modalidades postmodernas.

Miguel Ángel Náter
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

¹³ *Ibid.*; p. 15.

¹⁴ *Ibid.*; p. 16.

¹⁵ *Ibid.*; p. 16.

¹⁶ Edgar Allan Poe, “Anabel Lee”, *Obra poética completa*, traducción de Arturo Sánchez, Barcelona, Ediciones 29, 1983; pp. 74 y 75.

¹⁷ Santos, *op. cit.*; p. 16.